

NADA FUERA DE LO COMÚN

Raúl Quirós Molina

© 2026, Raúl Quirós Molina
raulquirosmolina.es

Primera edición: 2026

ISBN: 9798191301945

Portada y maquetación: Nerea Zudaire
Tipografía utilizada: Sabon LT Pro, Bebas Neue Pro

Impreso por Amazon KDP

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del titular de los derechos de autor, excepto en los casos permitidos por la ley.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Para Júlia, Èlia y Helena.

Toda democracia real descansa sobre el principio de que no sólo los iguales son iguales, sino que los desiguales no serán tratados igual. La democracia exige, por lo tanto, en primer lugar, homogeneidad y, en segundo lugar —si surge la necesidad—, la eliminación o erradicación de la heterogeneidad.

Carl Schmitt

PARTE I · EL HAMBRE

Capítulo 1

JAUME

Hace semanas que no puede conciliar el sueño en el tren. Incluso en las peores épocas de trabajo, podía apoyar la cabeza contra el cristal, con la mochila abrazada con firmeza en el regazo y, antes de que el tren llegara a El Clot, se quedaba dormido. El amanecer despuntaba entre los edificios como una telaraña a la hora en que él volvía a casa, la oscuridad le ayudaba a alcanzar ese estado nebuloso en el que se dormía rápidamente. Nunca le molestaban el tránsito de pasajeros de un vagón a otro, ni la voz metálica anunciando una estación tras otra; los rayos de sol que asomaban por la línea marina tampoco conseguían despertarlo. Jamás se pasó de estación. Como si todo su cuerpo hubiera adquirido una intuición cinética, se espabilaba un par de minutos antes de llegar a Colléu. Se recomponía en el asiento, pedía disculpas a los pasajeros que tenía que molestar para salir hacia la puerta y se bajaba para terminar de descansar en casa.

De un tiempo a esta parte, no logra consumir la cabezada. Ya no cierra los ojos. No apoya la frente contra el cristal, no simula que duerme. Contempla el paisaje como un canal de televisión que se mira con desgana, estudia de reojo a los pasajeros, se distrae con un juego imbécil en el teléfono móvil.

El sueño en el tren no cuaja, como si todo su cuerpo flotara en el vagón entre los cuerpos de los otros pasajeros. Persigue el sueño imposible, un sueño que ya es pasado, y espera y espera a que llegue en algún momento, pero cada ruido, cada estornudo, cada tos lo perturba y lo despierta.

Es fin de semana. Una pareja entra riendo y se tambalea de un lado a otro del vagón, los pasajeros protestan sin energía. El chico se disculpa como si hubiera roto un jarrón chino en un anticuario, la chica aplaude la función ebria de su novio. La pareja se sienta en una esquina alejada del resto: limpiadores, auxiliares de enfermería, estudiantes insomnes, capataces, otros borrachos. Hablan en voz baja con la lengua fuera, se besan sin delicadeza hasta quedar dormidos, ella con la cabeza en el regazo de él. Las estaciones pasan ignorantes a sus espaldas, y de no ser por la punta de la bota de los guardias de seguridad, la pareja habría terminado en las cocheras de Renfe. Salen a toda prisa y una vez en el andén, Jaume puede ver cómo discuten. Los guardias se ríen.

Cuando llega a Colléu, abre los ojos y está más cansado que antes de coger el tren. El camino de vuelta a casa desde la estación se hace difícil, más aún los días de invierno, cuando el frío lo acompaña. Mira con envidia el sueño de los mendigos que duermen en los cajeros automáticos, cuya presencia ignoran los veinte o treinta pasajeros que pasan por su lado. Un par de coches esperan a pasajeros al ralentí y todo el mundo apresura el paso. Apoyado en el capó de su vehículo, un taxista lanza volutas de humo y habla desganado con el dueño del bar que le sirve café en un vaso de plástico. Una señora arreglada se acerca al taxista y le pregunta algo, el taxista aplasta el cigarrillo contra la acera y agita el humo con una mano. Se mete en el taxi de un salto y deja el café en la mesa exterior del bar y al dueño con la palabra en la boca. El resto de los pasajeros se apela-tona en la parada del autobús y comprue-

ba cada pocos segundos si el tiempo de llegada del siguiente transporte es el correcto.

Él camina. A paso rápido, la mochila sobre un hombro, sin levantar la mirada del suelo. Ciudad pequeña que duerme, pueblo grande que no despierta; cruza las calles sin necesidad de mirar los semáforos y solo se tropieza de vez en cuando con jubilados atacados por el insomnio, que despiertan al perro para pasear en la mañana azul. A veces los saluda y ellos se dejan saludar, aunque no se conocen de nada. En el aparcamiento que cruza de camino a casa, un Ford Sierra con la pintura del capó desconchada y quemada, en el que duerme una persona entre mantas, con el motor apagado. Hace días, semanas, que está ahí. Jaume quiere creer que es alguien que se echa a dormir antes de reemprender el camino a casa. Cuando pasa de nuevo por el aparcamiento, ya de noche, para reanudar el ciclo de tren, paradas de metro y frío, el coche ya no está allí y su lugar lo ocupa un todoterreno con la tarjeta verde de aparcamiento abonado.

Una vez llega al portal, se encuentra con Álex, el vecino que vive en el piso justo encima del suyo. Álex saluda con un gesto leve y cierta indiferencia; fuma fuera de casa, dice, porque su mujer sufre una enfermedad pulmonar y no le hace ningún bien. Siempre merodea el barrio, con el periódico bajo el brazo, fumando en el portal, ordenando la publicidad que dejan tirada en el rellano. «Si hubiera portero», se queja en las reuniones de vecinos. En el pasillo, la señora de la limpieza estruja los paños con los que limpia los cristales del portal. No responde al saludo porque lleva cascos y reguetón. Jaume saluda de todas maneras. Álex fuma.

Antes, en un tiempo que ahora parece muy lejano, después de que muriera Luz, aprovechaba su llegada para echar una ojeada en la habitación de Laia, y comprobar si había dormido allí esa noche. Trataba de hallar un gesto, una palabra que la

animara a superar el bache. Normalmente llegaba media hora antes de que ella tuviera que salir hacia el instituto. La veía desperezarse, mirar el móvil, desayunar antes de meterse en la ducha. Le preparaba el desayuno y esperaba a que saliera por la puerta antes de irse a la cama.

Eso era antes.

Porque antes no le daba vergüenza compartir esos treinta minutos en los que coincidían. Porque con los horarios de sus últimos trabajos es todo a lo que pueden aspirar, treinta minutos, incluso los fines de semana, por los turnos extra. Un día Jaume se quedó dormido en el sofá, sin energía para llegar a la habitación, y cuando Laia entró en el piso entre risas y tropiezos, pegó un grito porque pensaba que se trataba de un desconocido que se había colado en el piso. Hacía meses que la cama de Laia estaba vacía por las noches, y que por más que preguntara, su hija nunca daba explicaciones. Él le escribía mensajes, la llamaba por teléfono, le decía que estaba preocupado por ella y Laia le recriminaba que no se metiera donde no le llamaban. Desde entonces, en aquella habitación solo quedaba la rémora de lo que antes había sido Laia: ropa sucia tirada por el suelo, un póster antiguo de una serie Disney, botes de maquillaje, manchas de carmín en la pared, algún libro, un cargador de teléfono móvil colgando de un enchufe.

Jaume ya no la confronta. Ya no espera despierto. No quiere ver su rostro quebrado por la falta de sueño, la maraña de cabellos y las ojeras que la delatan; no quiere oler el aliento a tabaco y alcohol.

«Míralo», la escuchó decir en una ocasión. «Míralo ahí», le dijo a otra persona; Jaume tumbado en la cama, incapaz de moverse, la ropa y el cansancio puestos durante siete turnos de noche seguidos. No pudo levantarse y recriminarle que aquello era necesario para pagar el contenido del frigorífico, la calefacción, el agua. No tuvo valor. Prefiere cuando ella vuelve

sola, y duerme sola, porque sola no le hace daño. Sola no le despertará el olor a marihuana que se cuele por las rendijas de la habitación, las risas ridículas a las tres de la mañana. Sola duerme, respira, como antes, como cuando Luz vivía.

«Hay que ver lo rápido que crecen», le dice Álex, el vecino, cuando comparten un cigarrillo. Jaume no dice ni sí ni no, a cuenta de qué contestar tamaña obviedad. Se dice: ojalá no tuviera que esperar hasta cumplir los dieciocho años, ojalá pudiera marcharse ya de casa y no vivir en este hervidero de miseria que es este pueblo, este barrio, esta casa.

Admira la audacia de su hija: entra y sale de casa sin tener que dar respuesta a nadie. Él, en cambio, debe excusarse en mentiras débiles, «dormiré en un hostel cerca del trabajo», «tengo que conducir un camión hasta Francia», cuando en realidad nada de eso pasa, nada de eso jamás ha pasado porque los últimos trabajos son fútiles, de un día de duración, tres si los sumara. En realidad, duerme con Nieves, la antigua compañera de trabajo de su mujer y de quien prefiere que nada se sepa, al menos hasta dentro de un tiempo, al menos hasta que todo esto se arregle. ¿Por qué no debería él tirar de un hilo de felicidad o de rabia? ¿Por qué no puede él estampar, de vez en cuando, un vaso, un móvil, un cubierto contra la pared, como hace Laia, como hacía su madre? ¿Por qué no prohibirle la salida hasta que recoja la habitación, la cocina, haga la compra, deje de fumar, deje de beber, deje de pasar la noche en cualquier sitio, sin avisar? Un *quid pro quo*, como dice Blanca, su cuñada. Tú no preguntas, yo no pregunto. *Quid pro quo*, o cualquier otra expresión a la que después sigue una mirada de Blanca para ver si Jaume lo ha entendido, para hacerle comprender que si accedió a esa familia fue por pura casualidad, porque Luz era una inepta emocional, como lo es él.

Con el cadáver aún reciente de su mujer, Blanca le dijo: «No pido la custodia por respeto a mi hermana».

«No pido la custodia por respeto a mi hermana».

Si Laia decide marcharse, Jaume no podrá usar el piso en el que vive sin pagar alquiler, porque Blanca lo querrá recuperar para la familia. Y él nunca ha sido de la familia. ¿Por qué cree que Laia lo abandonará? Sabe que Blanca ha preparado una habitación de su casa, «para cuando venga ella». Laia se pasa de vez en cuando por el piso de su tía y le pide dinero. Es seguro que hace el paripé de tomarse un café con ella y se echa a llorar, y dice «estoy perdida» y todo eso. Pero es dinero. No lo imagina Jaume: se lo cuenta después Laia, cuando vuelve al piso. Su cinismo asusta a Jaume. Es dinero lo que quiere, lo que no tienen y lo que necesitan, los dos, Jaume y Laia, para pagar un menú del día, la gasolina del coche, la luz que ambos apagan cuando llega la hora de dormir. Es el dinero que Blanca le da a Laia el que paga todo eso, porque a él le denegaron la pensión de viudedad, ya que nunca dieron de alta a Luz. Es la pensión de orfandad de Laia, que ella deja en el mueble bar de la entrada, escondida en un sobre. Jaume es el único que lo recoge de ahí, el que hurga entre los papeles y las facturas y extrae un billete de diez euros y nunca dice nada. Laia tampoco.

LAIA

A veces espera en el parque con sus amigas: es el momento de los porros, de los vídeos; tiempo de hacer negocios. Espera a que su padre llegue a casa del turno de tarde para no tener que cruzarse con él. Sabe que tarda quince minutos exactos en entrar al piso, comer algo directamente de la nevera, revisar el correo, resoplar, ducharse, ver uno o dos vídeos en Facebook, y apagar la luz del dormitorio. Lo sabe porque ha estado ahí: la

voz de su padre por detrás de la puerta, «hola, cariño», y ella, sin contestar, simula tener los cascos puestos. Su padre entra en la habitación, «¿es que estás sorda? ¡Qué poca educación!» y sale hecho un basilisco.

A veces se pregunta si no ha tensado demasiado la cuerda y su padre la da por perdida. La muerte de su madre es una piedra que arrastran los dos en direcciones opuestas. Cuando lo insulta, Leticia le reprocha: «joder, ¡cómo te pasas!, ¡que es tu padre!», y las palabras de su amiga calan y se encoge de hombros y le responde «ya» y enseguida cambia de tema y habla de la amante que cree que tiene su padre. Porque «casi seguro que la tiene, luego te lo explico; ¿te imaginas, ahora se estarán intercambiando fotopollas y fotocoños?», «oh, sí, cari, mándame otra», y Leticia ríe, y Laia ríe con ella.

¿Lo sabría su madre?

Y qué más da, mamá, si ya no te quería.

Y qué más da.

Leticia le cuenta que su padre la visitaba dos veces al mes, y para ella era como vivir una y otra vez el día de su quinto cumpleaños: cine, palomitas, hablar de chicos. Leticia acudía y se reía. De su padre. Le decía a todo que sí, o le decía que no, si era eso lo que quería escuchar, y luego recogía los cincuenta euros que le daba y que le escatimaba de la pensión. «No le digas nada a tu madre, porque este dinero es para ti y solo para ti». Hasta que un día su padre perdió su trabajo, y dijo que no podía darle más. La siguiente visita se hizo dos meses después; un año más tarde, Leticia veía a su padre solo por su cumpleaños y en Navidad. Aún no había conseguido empleo. «Superficial, eres una superficial», le decía Laia, aunque ella no confesaba que también su tía le daba dinero y de eso comían.

Leticia dice que no hay nada más patético que ver llorar a un hombre adulto. Se arrugan, se encogen delante de ti, la tierra se los traga hasta los tobillos y se mueven con más lentitud,

disminuidos y tullidos. Leticia conoce esa debilidad, pero detesta que la muestren y odia que le recuerden que los hombres son sensibles a su manera. No quiere que se desnuden delante de ella. Laia nunca ha visto llorar a su padre. Ni siquiera en el entierro de su madre. Habría esperado eso. El desmoronamiento. La caída en el pozo de la pena. Nada de eso ocurrió, quizá porque su madre ya daba bandazos mucho antes de que se saltara la mediana con el coche y ese tipo de muertes ya se percibe en el horizonte. Aun así, habría querido ver una caída en los brazos de alguien. Solo eso, sujetarle la cabeza contra el hombro, dejar que llorara unos instantes; después atesorar aquellas pocas lágrimas como algo que ganaron. No lloró. No hubo un gesto, una mueca, un... ¿Quebrantamiento? Su cara era una cara de trámite a cumplimentar, de esperar en la cola, de aguardar la muerte propia. Debería haber honrado a los que estaban allí, en el tanatorio, que sí cumplieron el papel lacrimógeno a la perfección.

Blanca, en cambio, sí lloró. Blanca sufrió por todos.

Habría sido un buen momento para desvelarle a Leticia cómo habían sido los delirios de su madre, las ausencias, su locura. Las cartas que le escribía, llenas de garabatos incomprensibles. Su madre nunca mencionó a la amante de su padre. Así que no pudo ser un despecho. Era sencillo: había decidido irse. Si hubiera sido por una traición, no habría sido motivo para estrellar el coche contra la mediana de la C-1415c. Padre e hija no quisieron hablar de ello.

Fue Laia quien comenzó a evitar a su padre al poco tiempo. No soportaba el olor que arrastraba cuando volvía del trabajo: aluminio, polvo, cal, cartón, grasa húmeda. A veces solo sudor. Era el sudor de aquella, de quien Laia supo un poco después de la muerte de su madre. Una casualidad. Si hubiera prestado atención, lo habría descubierto antes: allí estaban todos los signos, cada día, una constante. Demasiados trabajos nocturnos y

ausencias, el poquísimo dinero que entraba en la casa. Aquella, la llamaba Leticia. Laia no le ponía nombre. En ocasiones se divertían imaginando un final para ella: prenderle fuego a la casa donde vivía, llenarle de mierda el buzón, preparar una bomba con un manual de internet y hacerla volar por los aires.

(Si al menos en su padre asomara algo de felicidad. Algo de encuentro consigo mismo, aunque fuera esa otra mujer. Pero no. Cuando volvía por la mañana, Laia no distinguía si había estado trabajando o con aquella.)

Aquella mañana podría haber vuelto a casa. Habría entrado poco a poco para no despertar a su padre, habría tratado de conciliar un poco el sueño antes de ir en tren hasta Barcelona o de perder el día holgazaneando en los bancos del paseo marítimo. Nunca le faltaba quien la acompañara: otras compañeras del instituto con quienes compartía gomas del pelo, cigarrillos, algún que otro canuto. Las clientas a quienes vendía los *blazers* y jerséis de punto que robaba por encargo en las tiendas de Passeig de Gràcia. Todo el mundo le preguntaba «dónde andas», porque desde hacía semanas no pisaba el instituto, y ella guardaba un silencio contenido: disfrutaba de ese aura mitológica, ese espíritu de forajida que todos admiraban. Robaba en tiendas de ricos para vendérselo a los ricos; y, de paso, ahorrar un pequeño capital que escondía. «Necesitamos pagar la luz, Laia, un mes, y el otro, y el siguiente», le dijo su padre en una ocasión. Laia comprendió que aquello iba en serio, que su padre trabajaba turnos de noche y apenas llegaba para pagar la factura de la luz, comprar champú y gel, tampones, hacerse con un teléfono móvil nuevo. Así que comenzó a robar. Todo aquello se pagaría con los márgenes de pérdida de Tommy, Levi's, Bershka, que siempre tienen en consideración los contables. Pérdidas que se repartían entre adolescentes con ganas de aventuras, cleptómanos, padres de familia en apuros, y también entre las compañeras de insti-

tuto de Laia, que soñaban con estrenar pantalones, blusas, cazadoras, abrigos, medias, faldas, zapatos. Laia tomaba los encargos de las compradoras y junto con Leticia hacía una lista, y por la mitad de precio proveían de nuevas prendas a las compañeras de clase. Últimamente la presencia de guardias de seguridad le estaba complicando la vida, porque ya la reconocían, porque estaban avisados por otras tiendas, y se interponían en su ganancia. «Largo», le decían, «largo, o llamo a los mossos». Dependiendo del humor de las dos amigas, montaban un número, «qué dices, pero qué dices, tío gilipollas, qué cojones estás hablando, a mí me vas a prohibir la entrada, qué pasa, que tengo cara de ladrona», sacaban todo el arsenal de palabras que podían más que la vergüenza del joven uniformado y conseguían que los clientes legítimos se volvieran indignados. Y si la pillaban, daba el número de su tía, e interpretaba el guion consecuente.

—Laia, no puedes hacer esto. Laia, tienes que cambiar.

Y Blanca ponía esa cara de virgen dolorosa que tanto repugnaba a su padre. Y terminaba por darle cien euros.

Laia espera en la calle, con los ojos clavados en la ventana del dormitorio de su padre. Lo imagina respirando con dificultad y luchando por encontrar algo de descanso, por tener un sueño que pueda ser llamado sueño y no una pausa en mitad del caos.

«Ni un solo euro a tu padre», dice Blanca. No sabe defenderlo cada vez que su tía suelta esa frase, y se arrepiente. Y no dice nada porque sabe que necesitan ese dinero, sabe que necesitan a Blanca: toma el dinero de su tía, dice «vale» a todo, promete apuntarse a un curso de los que ella gestiona una vez que la expulsen del instituto: peluquera, esteticista, reponedora. Sabe que la vida de parque y crápula se acabará pronto, sabe que no podrá seguir vendiendo Gucci y Vuitton robados a las compañeras de clase.

Después vendrá el vacío, el precipicio.

Duda si debe subir a casa. Unos metros más allá, un tipo se acerca a los contenedores de reciclaje con una suerte de pica hecha de un palo de escoba y un cuchillo, y lo utiliza para abrir las bolsas de basura. Mete medio cuerpo en el contenedor y extrae objetos dispares: una camiseta, un zapato cubierto de comida y grasa, un juguete roto, una cafetera. En ocasiones lo observa como un tesoro despreciado y después lo devuelve al contenedor. Maldice en una lengua extraña. Laia trata de no cruzarse con él. Se mete las manos en los bolsillos y decide ir directa al instituto: hay trabajo que hacer en Barcelona y necesita a Leticia para dar un palo. Está demasiado despierta de todos modos y no quiere interrumpir el descanso de su padre. Ya dormirá más adelante, cuando él salga de casa, por la noche. Se echa a caminar.

BLANCA

Deben hablar de una vez en serio sobre por qué dos usuarias recientes han dejado el programa de búsqueda de empleo para abrirse un perfil en OnlyFans. Se descubrió en el teléfono móvil de uno de los chicos: risitas apiñadas al fondo de la clase, gritos de admiración, menudas tetas, mira qué está buena la muy puta. Le tocó a Bea, otra de las trabajadoras sociales, que no podía dar crédito: Fátima, que había sido una de las usuarias más aplicadas, ofrecía fotografías en ropa interior por una suscripción mensual de nueve euros. La semana siguiente se dio de baja del centro cívico Alicia, su compañera de curso, y abrió también un perfil en el sitio web: por quince euros mensuales ofrecía desnudos integrales. Hubo una reunión de urgencia en el centro cívico en la que lo único que se trató de dilucidar fue

si las cuentas se habían abierto antes o después de darse de baja. Blanca montó en cólera, porque la pregunta pertinente era por qué unas jóvenes a su cargo estaban vendiendo desnudos por internet. La reunión fue tan tensa que decidieron posponerla y esperar la respuesta de la empresa, tras informar de que dos jóvenes españolas tenían perfiles pornográficos en el sitio web. Era cuestión de tiempo que la Generalitat comenzara a investigar qué pasaba en el centro cívico.

No era la primera vez que tenían una crisis similar. Y al menos, no era tan grave como un caso de yihadismo que se dio años atrás. Blanca sabría responder por qué, si llegase el caso. Se sentaría con la inspectora y la responsable de la Generalitat y les mostraría la ingente cantidad de estupideces que tienen que formalizar por cada alumno y la montaña de trabajo inútil que tienen que hacer los alumnos por sí mismos. Pondría como ejemplo los talleres que ofrecen a los chicos: currículum vitae y *mindfulness*, cómo reducir la ansiedad en la búsqueda de empleo, lenguaje corporal en una entrevista de trabajo. Todo el repertorio de frases vacías, inclusiones absurdas como «soy muy trabajador», «me gusta el deporte de equipo», «no me estreso con facilidad». Reponer en un supermercado o vaciar las papeleras de una oficina, que son, al fin y al cabo, los puestos de trabajo a los que los usuarios pueden aspirar, requiere más necesidad que voluntad. Y Blanca lo intenta, cada día: debe convencer a los adolescentes de que aquellos talleres, aquellos consejos y papeleo son códigos, claves que tienen que aprender para conseguir la entrevista con el empleador final. Que es más importante de cara a la administración que al jefe del supermercado o la tintorería. No les dice que el centro cívico cobra por cada alumno colocado en esas condiciones y para que se certifique que ha sido *gracias a* y no *a pesar de* la administración. Que solo consiguen una ratio de un diez por ciento de éxito.

Durante la semana intentará contactar con Alicia y Fátima y tratará de hacerlas entrar en razón y de que vuelvan al centro cívico, antes de que el caso se conozca demasiado. No sabe siquiera si le cogerán el teléfono.

Pero antes tiene clase: pasa revista, comienza a proyectar las diapositivas sobre cómo crear un currículum perfecto. Da igual lo que hable porque tampoco prestarán mucha atención, y aunque ellos no lo saben, tampoco es imprescindible que acudan a las clases. Bastaría con que firmaran la hoja de asistencia y un par de documentos. Desde dirección han pedido que se firmen todas las asistencias. No especifican cómo se deben firmar las asistencias que no se han producido, y el texto es tajante al respecto: todas. Durante los primeros minutos, repite, como la lista de la compra, todos los indicadores, todas las marcas que debe incluir aquel trozo de papel. La fotografía. La situación legal. Fecha de nacimiento. Lo que los empleadores quieren leer. Los chicos miran las pantallas de sus móviles e ignoran las diapositivas.

Blanca continúa hablando y piensa en la cita que tiene esa misma tarde.

NIEVES

Dejó de hablar de repente, como si el viento le hubiera arrebatado la voz. Como cuando ella era pequeña y su madre le decía que no se pusiera bizca, que una ráfaga de aire la dejaría estrábica de por vida. La mirada congelada para toda la eternidad. Quiso creer que se trataba de un berrinche de Nico. Una pataleta porque unos días atrás su padre no había cumplido la promesa de llevarlo al paseo marítimo a ver a quienes hacían *kite-surf* y, en cambio, pasaron la tarde con la